

Es por esta razón que el inmigrante es la figura emblemática de la sociedad moderna. El inmigrante está a la vez integrado y es ajeno a la sociedad en que vive, y ésta debe reconocer su experiencia y su palabra, debe vivir su presencia no como una amenaza sino como el retorno de una parte de la experiencia humana de la que esta sociedad se había privado o había perdido.

Alain Touraine



EL DERECHO A LA CIUDAD

Migrantes y desplazados en las ciudades colombianas¹

Gloria Naranjo Giraldo y Deicy Hurtado Galeano
Profesoras e investigadoras, Universidad de Antioquia

En el presente artículo nos acercamos al desplazamiento forzado de población en Colombia desde un enfoque sociocultural y político buscando superar las miradas antagónicas entre tradición y modernidad, entre campo y ciudad; trascendiendo las visiones estigmatizadoras sobre los migrantes y desplazados por la violencia; y reconociendo los aportes culturales y sociopolíticos que han hecho al proceso de configuración de las ciudades. Por esto proponemos *el reconocimiento del derecho a la ciudad* para todos ellos.

Complementariamente se esboza la hipótesis de que, en el caso colombiano, ha sido mediante procesos de *colonización urbana* como se ha llevado a cabo la apropiación-construcción de las ciudades. Esta hipótesis se aplica a la ciudad de Medellín, haciendo un contraste entre las décadas de 1960 y 1990².

¿Cómo pensar los procesos de restablecimiento, estabilización socioeconómica, integración social y política para la población desplazada por la violencia asentada en las ciudades colombianas? Las reflexiones que

presentamos a continuación tienen en el horizonte esta pregunta.

Vida urbana y negociación de identidades

¿Con cuál ciudad se topan los migrantes? Diversa y de manera ca-

1. El artículo se inscribe en la línea de investigación: Desplazamiento forzado, dinámicas bélicas y acción ciudadana. Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.
2. En Colombia, en una amplia mayoría, la población desplazada por la violencia se niega a retornar y ha decidido quedarse en las ciudades grandes e intermedias.



racterística, por posibilidad y por necesidad. Así se desprende de esa sencilla definición de la condición urbana, si se quiere fundadora de las ciencias sociales de la ciudad, hecha por Louis Wirth en 1938: heterogeneidad generalizada.

Dado que la población de la ciudad no se reproduce a sí misma, ha de reclutar a sus inmigrantes en otras ciudades, en el campo y en otros países. La ciudad ha sido así históricamente crisol de razas, pueblos y culturas y un vivero propicio de híbridos culturales y biológicos nuevos. No sólo ha tolerado las diferencias individuales, las ha fomentado. Ha unido a individuos procedentes de puntos extremos del planeta porque eran diferentes y útiles por ello mutuamente, más que porque fuesen homogéneos y similares en su mentalidad (Wirth, 1988: 37-38). Pero nada desmentiría la verdad de

que si el llamado inmigrante ha venido es porque ha sido antes interpelado para venir, (y mucho más si ha sido forzado): tiene pues derecho a la ciudad³.

En este sentido, corresponde develar los falsos problemas creados por la teoría de la modernización: las diferencias culturales como obstáculo, la oposición de la tradición contra la modernidad. Investigaciones antropológicas recientes han demostrado que los microclimas culturales adaptados por los migrantes, al contrario de ser un inconveniente, se revelan como instrumentos adaptativos de la máxima eficacia para la modernización urbana.

La cultura no es una forma orgánica, ni tampoco está estructurada como una lengua, es decir, no todo está íntimamente interrelacionado, y la introducción de un elemento

nuevo no conlleva una modificación de los otros elementos presentes. Al azar de los encuentros, de los viajes, de las catástrofes naturales, de los desastres humanitarios como el desplazamiento forzado, agregaríamos nosotros, las poblaciones y por tanto las culturas, aisladas hasta entonces, entran en contacto; integran unos segmentos de culturas extrañas, sin necesidad de transformarse de arriba abajo. Las culturas no son sistemas en el sentido estricto, sino conglomerados de fragmentos de origen diverso⁴.

3. Citado por Manuel Delgado Ruiz. La identidad de los inmigrantes. Etnicidad y usos simbólicos del espacio urbano. Universidad de Barcelona, Institut Català d'Antropologia, 1996 (mimeo). Pág. 3.

4. Alain Touraine. ¿Qué es la democracia? Fondo de Cultura Económica. México, 1992. Pág. 111.

Esta idea de cultura nos pone de presente que se debe hacer hincapié en el individuo, en la familia o el grupo local y en sus esfuerzos de transformación, que suponen a la vez continuidad y discontinuidad, conservación de una *identidad* cultural —que preserva autonomías— y *participación* en una sociedad nueva —que impulsa la pertenencia y conquista de la ciudad—. Así, pues, debería hablarse menos de encuentro entre culturas y más de historias de individuos que pasan de una situación a otra y que reciben de varias sociedades y de varias culturas los elementos con que se formará su personalidad. Ellos despliegan estrategias de resistencia cultural: negociación cultural, conflicto, cambio, invención, reconstrucción. Como afirma Todorov: en contra de la metáfora tendenciosa del arraigamiento y del desarraigo, diremos que el hombre no es un árbol, y que éste es su privilegio. Plutarco enseñaba: “*el hombre no es una planta, hecha para permanecer inmóvil y que*

tenga sus raíces fijadas en el suelo donde ha nacido”⁵.

Lo anterior quiere decir que hay que superar las visiones esencialistas de identidad, para entender su dinamismo y complejidad. Por esto, los *usos* modernos de la tradición, tal como nos lo recuerda Manuel Delgado, se refieren a sentimientos de diferenciación que son estrategias de adaptación a la complejidad y opacidad de las macrosociedades urbanas; a cierta lealtad a formas de sociabilidad y pautas culturales —reformulables de múltiples maneras— que permiten a los migrantes controlar mejor las nuevas situaciones a las que tienen que adaptarse. Ellos mismos, en su condición de actores, se ven abocados a establecer y restablecer sus relaciones mutuas, modificándolas o renunciando a ellas en función de las exigencias de cada *situación*. Con este argumento, Manuel Delgado destaca a la vida social como un proceso mediante el cual los actores resuelven colectivamente los problemas, modificando la naturaleza y la persistencia de sus soluciones⁶.

Pero la ciudad, junto con la “reinvención de las identidades” produce otros mecanismos de diversidad cultural, en especial por una lógica identitaria de intensificación-diferenciación interna a las ciudades. Se trata de nuevos estilos de la experiencia urbana que en vez de vínculos de religión, lengua, familia, territoriales o histórico tradicionales, son redes de comunicación basadas en parámetros estéticos y que se manifiestan como escenas, actos y momentos en donde hay una apropiación del tiempo y el espacio de la civilidad haciendo público el espacio urbano.

*Lo significativo es que los componentes de estas microculturas urbanas emplean para reconocerse intersubjetivamente un criterio que no se funda ya, como en las sociedades “tradicionales”, en un concierto entre conciencias, sino más bien en un conglomerado de experiencias compartidas*⁷.

Las formas de estar y sentirse juntos, los modos de comunicarse o las nuevas formas de sociabilidad⁸ con



Me vine porque...*

Es que por allá en Dabeiba se puso la cosa muy maluca porque llegan a preguntar por personas que uno no conoce. Como uno no da razón de ellos entonces lo persiguen. Allí llegan la guerrilla y los paramilitares, entonces para uno no tener peligro entonces lo mejor es salirse. En una semana mataron a uno y por ese uno a once más, de lado y lado. Me vine dejando la casa, animales y sembrados.

* Testimonios recopilados por Patricia Nieto. Profesora de la Universidad de Antioquia. Las líneas que siguen recogen las voces de personas desplazadas. Son palabras tímidas y entrecortadas que, desde las calles de Medellín, reclaman un lugar en la historia de Colombia.

las que la gente enfrenta la heterogeneidad simbólica y la inabarcabilidad de la ciudad, adquieren una expresión más significativa en los cambios que atraviesan los modos de experimentar la pertenencia al territorio, las formas de vivir la identidad y la capacidad de reconstrucción de proyectos de vida. Con estrategias de supervivencia, actividades económicas informales y, en algunos casos, buscando trabajo en el sector moderno forjan *economías morales* y *estrategias de mercado*; crean variados lugares de encuentro, formas de sociabilidad y organizaciones que combinan con fiestas, celebraciones religiosas y civiles inscritas en relaciones de vecindad o compadrazgo.

Esta experiencia cultural es variable y contradictoria: tiene que ver con los modos de organizarse para enfrentar la vida, con las marcas fundacionales ligadas a la conquista y fundación de un territorio, a la defensa del asentamiento y a la lucha permanente para incluirlo en la ciudad; tiene que ver además con significados de historias colectivas de ayuda mutua, solidaridad y asociacionismo.

Es en medio de esta fermentación social y cultural que los sectores populares le dan forma al estallido de la ciudad y a su autoconversión en culturas populares urbanas. Rechazando las formas de identidad y de participación contribuyen a forjar una cultura política que mira a la sociedad como algo que puede ser reformado, alimentada con una experiencia de entrelazamientos, sumisiones y resistencias, de impugnaciones y complicidades. Se trata de una dimensión política que atraviesa y sostiene las movilizaciones de los pobladores urbanos, articulando formas de lucha y cultura popular.

Llegamos de esta manera a la ciudad masificada que es la expresión original, particular, y conflictiva de la modernización y la urbanización en América Latina⁹. Con ella salieron a flote nuevas conflictividades y expresiones de una cultura urbana y moderna no prevista, no comprendida, no asumida, no dirigida ni aceptada por el Estado ni por la sociedad normalizada. Los grupos sociales presentes en la ciudad, principalmente los de barrios populares, y ahora también los de los asentamientos de desplazados, se encuentran imbuidos en un ambiente de consumo cultural en las expectativas de vida ofrecidas por los medios masivos de comunicación.

A los procesos de masificación urbana corresponde una ideología del ascenso social que se revuelve con aspiraciones justas por el derecho a la ciudad. Este es un fenómeno político que muy pocas veces ha sido reconocido como tal. Desde este momento puede hablarse, como brillantemente lo hacen José Luis Romero para América Latina y Jesús Martín Barbero para el caso de Colombia, de un proceso continuo de *“inserción de las clases populares en las condiciones de existencia de una sociedad de masas”*. Se instaura un tiempo de desarticulación de las formas tradicionales de participación y representación y en las nuevas formas de enfrentamiento y acercamiento a la sociedad urbana priman las acciones de reforma y de luchas por la inclusión¹⁰.

Al aumento brutal de la presión migratoria y a la incapacidad de los gobiernos para frenar siquiera el deterioro de las condiciones de vida de la mayoría, la gente responde devolviendo vigencia a formas de

*supervivencia rural, a una ‘cultura del rebusque’ que viene a insertar, en los aprendizajes y apropiaciones que los pobres hacen de la modernidad urbana, saberes y relatos, temporalidades y sentires fuertemente rurales*¹¹.

A través de las más variadas experiencias, fundamentadas en la “lógica de la oportunidad”, en las “artes del hacer” y en la utilización creativa de los escasos recursos con que cuentan, estos pobladores transfiguran y crean las ciudades y hacen parte de la configuración de nuevas ciudadanías urbanas, disponiendo de recursos comunitarios, organizativos e institucionales, que les permite acumular un *poder disponible* para su actuación frente al Estado.

En todo momento los nuevos pobladores urbanos, muestran cómo sur-

5. Tzvetan Todorov. *Las morales de la historia*. Paidós. Barcelona, 1993. Pág. 112.
6. Manuel Delgado Ruiz. *Ciudad líquida, ciudad interrumpida. La urbs contra la polis*. Medellín, Editorial Universidad de Antioquia. Facultad de Ciencias Humanas y Económicas de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, 1999. Pág. 9.
7. Manuel Delgado Ruiz. *La identidad de los inmigrantes. Etnicidad y usos simbólicos del espacio urbano*. Op. cit.. Pág. 7.
8. Jesús Martín Barbero. *Mediaciones urbanas y nuevos escenarios de comunicación*. Ponenencia al VII Congreso de Antropología en Colombia. Medellín, 1993.
9. Para una explicación amplia sobre “la ciudad masificada”, ver: José Luis Romero. *América Latina: las ciudades y las ideas*. Siglo XXI. México, 1976.
10. Jesús Martín Barbero. *De los medios a las mediaciones*. Gustavo Gili, México, 1986. Pág. 72.
11. Carlos Monsiváis. *La cultura popular en el ámbito de lo urbano*. Comunicación y culturas populares en Latinoamérica. Citado por: Jesús Martín Barbero. *Culturas Contemporáneas*. II Epoca. Vol. 3. N° 5. México, junio de 1997. Pág. 94.

gen nuevas causas, nuevos espacios e instancias, nuevos actores y estrategias para llevar a cabo las interacciones sociales, para participar en —o disputarse— la distribución de los valores y recursos de la sociedad. Es en la esfera de lo cotidiano, en las interacciones locales producidas por los migrantes y los desplazados, donde además de encontrar nuevas posibilidades de comprender las transformaciones culturales y políticas que se producen en la ciudad, se pueden auscultar las más diversas formas, prácticas y experiencias de ciudadanía que no se reducen a las formas institucionales, a los derechos y deberes consagrados en la ley. Sobre todo, en contextos como los nuestros, cargados de una gran heterogeneidad y diversidad. La ciudad se convierte, entonces, en objeto de disputa por el derecho a la ciudad entre nuevos y viejos colonizadores urbanos. Y en esa disputa los migrantes y desplazados —extraños primero y luego miembros de la ciudad— po-

nen en operación saberes, destrezas y experiencias que se develan como los lugares por donde también gravitan ejercicios de ciudadanía y muestran de qué manera se produce una suerte de ensanchamiento o ampliación del escenario político¹².

Migrantes y desplazados: estrategias y valores culturales y políticos¹³

Los impactos sobre *la subjetividad* y la transformación de las coordenadas espacio-temporales producidas por o a través de la migración¹⁴ y del desplazamiento forzado, resultan ser claves para entender cómo se da ese progresivo cambio del significado del espacio y del tiempo y sus profundas consecuencias en el mundo de los valores, las actitudes, las motivaciones, los estilos cognitivos, las operaciones intelectuales y en la orientación de sus estrategias conductuales, asuntos que inducen nuevos retos, tensiones y negociaciones en la ciudad.

El migrante recién llegado, el desplazado que pide asilo a la ciudad, hace parte de ella en el momento en que toma la decisión de quedarse. Sin embargo, esa decisión del sujeto no implica un reconocimiento inmediato por parte de la ciudad y la sociedad de llegada. Se produce un proceso de inclusión-exclusión, un forcejeo en medio del cual se determina quiénes tienen derechos, quiénes pueden participar como ciudadanos y quiénes quedan por fuera de esta categoría.

Desde el momento mismo de emigrar hacia la ciudad, de sentirse interpelados y atraídos por ella, migrantes y desplazados experimentan profundas transformaciones subjetivas —modernizantes si se quiere— que es necesario valorar a fin de trascender aquellas visiones que sólo ven en ellos individuos desvalidos y premodernos. Muy por el contrario, ellos experimentan transformaciones que los empiezan a configurar como sujetos modernos que le imprimen nuevas dinámicas a la ciudad en su



Me vine porque...

El desplazamiento mío ocurrió en enero de 1996. Yo saqué a mi señora y a mis hijos de Chigorodó, zona donde vivíamos desde hacía unos 12 años. Luego, en septiembre, por la enfermedad nerviosa de mis hijos me trasladé a Medellín. Yo vivo muy afligido porque dejé todo lo que había construido en años de trabajo: una casa y un solar de mi propiedad. No puedo señalar a nadie porque no los conocía. Era tanto el miedo de mis hijos que por ellos no denuncié ante ninguna autoridad. En la Cruz Roja me regalaron un mercadito y no hemos recibido nada más. Desde ese momento hasta hoy he vivido en El Bosque, Aures, San Cristóbal, Blanquital... Mis hijos todos son menores, no estoy haciendo nada porque soy muy viejo y no me dan trabajo.



permanente lucha y negociación por hacerse un lugar en ella, por incluirse como ciudadanos.

Ya en la ciudad, los nuevos pobladores activan memorias urbanas¹⁵, establecen relaciones de parentesco, vecindad, amistad y compadrazgo, ponen en marcha estrategias de ayuda mutua y solidaridad. Pero en los barrios populares, en las invasiones, en los lotes piratas y en los asentamientos de desplazados, contrario a la “comunidad imaginada” y construida por las teorías sociales y políticas, coexiste una gran diversidad de familias, de regiones, de valores, costumbres y la *re-construcción* de un proyecto común se hace necesariamente de conflictos, tensiones, transacciones y negociaciones morales, socioculturales y políticas de todo tipo.

Resumiendo las ideas anteriores se puede afirmar que en las ciudades colombianas, los recién llegados y los que siguen llegando, junto con los que ya estaban en la ciudad, ha-

cen que siga creciendo el número de los pobladores populares urbanos, quienes reivindican un lugar en la ciudad y para ello colonizan y se dejan colonizar. Con múltiples tácticas adaptativas e imitativas van siendo como los otros, sin dejar del todo su propio bagaje cultural, al que también pueden sentirse afines los otros. Se producen, pues, negociaciones culturales en ambos sentidos. Aclimataciones simbólicas que barajan de nuevo las condiciones de la co-presencia en la ciudad.

Estos planteamientos nos permiten, a continuación, soportar nuestra hipótesis de que es en los procesos de colonización urbana en donde migrantes y desplazados ponen a operar múltiples estrategias y diversos valores, para coproducir los procesos de urbanización, las economías informales, las culturas populares y las formas organizativas comunitarias¹⁶.

12. Amparo Menéndez Carrión. Para pensar la cuestión de la gobernabilidad desde la ciudadanía: dilemas, opciones y apuntes para un proyecto. Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales. Segunda Epoca, Vol. 1 N° 1. 1991. Pág. 83.
13. Es en investigaciones como las de Eric J. Hobsbawn y Albert Soboul, y más claramente todavía en las de Edward P. Thompson, donde se hace presente un cambio de perspectiva: la asunción de la dimensión política que atraviesa y sostiene los movimientos de protesta articulando formas de lucha y cultura popular. Ver: Jesús Martín Barbero. Cultura política de la resistencia popular. De los medios a las mediaciones. Editorial Gustavo Gili. Barcelona, 1987. Págs. 124-132.
14. Carlos Franco. Exploraciones en otra modernidad: de la migración a la plebe urbana. En: Fin de Siglo N° 5. Universidad del Valle. Santiago de Cali, junio de 1993. Pág. 22.
15. “La memoria, nos permite conducirnos, ser agentes de la continuidad y de la discontinuidad (Mead, 1929), traer el pasado al presente, reconstruirlo, darle forma y proyectarlo en el futuro, en un proceso sin fin, donde la experiencia, la polifonía, la pluralidad, el contraste e, incluso la contradicción, son sus elementos nutrientes”. Ver: Sixto Félix Vásquez. Vivir con el tiempo en suspenso: notas de trabajo sobre transiciones políticas, memorias e historia. En: Anthropos 177, marzo-abril 1998. Pág. 71.
16. Para ampliar algunos aspectos sobre este tema ver: Carlos Franco. Op. cit. Pág. 16-32.

Colonización urbana, migración y desplazamiento forzado

En la base de la urbanización y estructuración física y social de la gran mayoría de ciudades colombianas se encuentran procesos socioculturales, políticos y organizativos que, con Jacques Aprile, bien podríamos denominar *colonización urbana*¹⁷. Se trata de una suma de acontecimientos, donde se destaca la ocupación de zonas deshabitadas de las ciudades mediante tomas, invasiones o posesiones, pero también diversas relaciones con urbanizadores piratas, partidos políticos e instituciones estatales.

La construcción de territorios barriales por la vía de la colonización urbana ha estado marcada por una relación de conflicto con el Estado y con el resto de la sociedad urbana. Es decir, el sentido de *co-pertenencia* se construye, necesariamente, a partir del *conflicto por el uso y*

ocupación del espacio urbano, que es desigual por las relaciones de poder existentes, y es allí donde han construido y reconstruido sus formas de relacionamiento¹⁸.

Mucho se ha escrito sobre la contribución de los migrantes y los desplazados, convertidos en sectores populares, en la transformación de la estructura urbana y sus impactos en la economía, pero las contribuciones en el plano sociocultural y político y en la resignificación de estos ámbitos requieren ser nuevamente abordadas. Estos sectores hacen una apuesta decidida por la ciudad, por construirla con los medios de que disponen y, bajo las condiciones más adversas participan y se involucran en la construcción de su propio destino, en los lugares que mejor lo han podido hacer, aún cuando se les haya negado las necesidades básicas para una existencia digna, que es lo mínimo para acceder a la condición de ciudadano.

La lucha por la inclusión en el perímetro urbano abanderada por los pobladores de las periferias llamadas informales, la gestión de recursos públicos y privados para subsanar sus necesidades básicas, la autoconstrucción, el empleo informal, son sólo algunos ejemplos de cómo estos sectores reconstruyen su proyecto de vida.

Migrantes y desplazados expulsados a la ciudad, no pueden verse más como los disruptores del orden, como los que han venido a alterar la “coherente” estructura urbana; ellos son el resultado de un orden societal injusto, intolerante, que ha perpetuado patrones de concentración de la propiedad y del ingreso y tolerado altos índices de pobreza y miseria. En fin, son el producto también de un Estado que, sumido en un burocratismo y una corrupción extrema, pierde aceleradamente su capacidad de control cediendo el paso a otros actores (armados las más de las veces) para que tomen decisiones sobre



Me vine porque...

Ese día llegaron a mi casa los hombres uniformados a las cinco de la mañana, eran más o menos unos 50 y saludaron a mi esposo... que si la guerrilla pasaba por ahí. Él dijo que hacía por ahí un mes había pasado. Ellos siguieron hablando con mi esposo, y entonces me dijeron que tenían mucha hambre y uno de lo que tiene les da. Ya él salió a amarrar el ternero que teníamos y yo me quedé en la cocina despachando a los últimos señores de esos. Yo les di mazamorra y agua. Dije: - Dios mío: ¿qué estará pasando? Entonces uno de ellos me dijo: será que se les fue un tiro y salimos todos. Yo les dije: ¿por qué hicieron esto? Ellos me dijeron que si yo también quería. Le dieron los tiros delante de dos niños de 5 y 4 años. Ellos todavía tienen pesadillas.



el devenir de la población civil a la que someten e intimidan.

Las ciudades colombianas se replantean permanentemente con la presencia de migrantes y desplazados, parecen consolidar estructuras donde se agudiza la exclusión, la intolerancia y la inequidad, fenómenos que ponen en cuestión las pretensiones y ejercicios planificadores institucionales y la formación de ciudadanos virtuosos y de sujetos portadores de derechos. Por eso, a menos que decidamos (o permitamos) entregar la solución de los conflictos urbanos al azar o al poderío de las fuerzas en juego en la ciudad, se impone una reflexión acerca de la justificación del derecho a la ciudad para los desplazados por la violencia política. Ello ha de hacerse en el horizonte de una nueva gramática del ejercicio ciudadano, esto es, el reconocimiento económico, social, político, cultural, jurídico.

Los desplazados por la violencia, antes que asumir la inminencia de

la muerte como un trazo indeleble que el destino les tiene prefigurado, emprenden la búsqueda —que es un peregrinaje— de algún lugar que les permita escabullirse de aquellos que se han arrogado el derecho a decidir por su vida o su muerte. Contrario al campesino que llegó en el decenio de 1960 a la ciudad, el desplazado por la violencia de la década de 1990 ha tenido experiencias previas de colonización, muchos de ellos se han trasteado por diferentes regiones influidas por megaproyectos económicos, políticos y culturales: Magdalena Medio, Urabá, Chocó, Córdoba. Trayectorias de ida y vuelta que habían emprendido con el objetivo de fundar y construir vida y que en los años recientes se han activado, pero con una diferencia, el destino final es la ciudad de Medellín u otras ciudades, a las que llegan, además, con pericias sobre cómo distribuir y controlar el territorio, prácticas de control social para dirimir los conflictos, argucias para gestionar recursos y habilidades para moverse en medio de actores

y visiones político-militares antagónicas.

El desplazamiento forzado no es un fenómeno exclusivo de la década de 1990, es claro que desde 1960 muchas familias campesinas fueron obligadas a abandonar sus tierras como producto de la violencia liberal conservadora. La diferencia estriba en que para ese momento las principales ciudades colombianas experimentaban cambios sustanciales en su estructura productiva, la industrialización se consolidaba y empezaba a demandar mano de obra barata que los migrantes y desplazados de entonces vinieron a proveer.

Tampoco se puede afirmar que en la última década del siglo XX todos los inmigrantes que llegaron a las ciu-

17. Jacques Aprile-Gnisset. *La Ciudad Colombiana. Siglo XIX y XX*. Biblioteca Popular, Colección Textos Universitarios. Santafé de Bogotá, 1992. Pág. 558.

18. Wilfer Bonilla, et al. *Voces que hacen ciudad*. Instituto Popular de Capacitación. Medellín, 1998. Pág. 159.

dades colombianas sean desplazados por la violencia que se vive en todos los rincones del país. Tras de ellos y con ellos han salido muchos pobladores que sin haber recibido amenazas directas, vieron sus economías afectadas y vulneradas de tal manera que prefieren emigrar en busca de mejores oportunidades para cumplir el sueño (o continuar el proceso) de acumular riqueza.

De esta manera podrá entenderse por qué las ciudades colombianas están asistiendo a nuevos procesos de *colonización urbana*. Los desplazados de la década de 1990, en su lucha por el derecho a la ciudad, están actualizando las viejas estrategias de infrarreconocimiento, estigmatización y señalamiento, ejercidas desde esa especie de violencia simbólica oficial, encarnada por el propio Estado y por las representaciones que desde el sentido común se están configurando.

Migrantes, explosión urbana y colonización de la ciudad en los años sesenta

El proceso migratorio que se presentó a partir de los años 30 y 40 del siglo XX en América Latina con su carácter de masivo, continuo y global, produjo lo que José Luis Romero llamó *explosión urbana*. Los migrantes colombianos, desde la década de 1940 en adelante, provinieron en una amplia mayoría de comunidades campesinas y pueblerinas que se distribuyeron por distintas regiones, departamentos y ciudades, grandes e intermedias, entre ellas Medellín; produjeron un desplazamiento masivo que llevó a duplicar y triplicar, en pocos años, la población de las ciudades.

Para mediados del siglo XX Medellín, con sus 358.159 habitantes, ya era reconocida como la primera ciudad industrial de Colombia. Venía de un proceso de transformaciones en el

campo industrial, tecnológico y urbanístico con lo cual había logrado una base industrial moderna, y una infraestructura física y de servicios públicos bastante aceptable.

Bastarían menos de dos décadas para trastocar esa imagen de ciudad moderna y armónica, por el rostro de la explosión urbana, el mismo que compartirían las otras ciudades mayores de Colombia: oleadas migratorias; expansión del territorio con asentamientos piratas y de invasión; déficit de vivienda, infraestructura vial, de transporte y de servicios públicos; en fin, multiplicación de la llamada marginalidad. La migración, un fenómeno relacionado con problemas de violencia y pobreza en el campo, así como con las ofertas de la ciudad —empleo y educación—¹⁹, se convirtió a partir de estos años en una realidad contundente y descodificadora de lo que hasta ese entonces significaba lo urbano en el país. La magnitud de los hechos dio lugar a la formación de una ciudad ilegal,



Me vine porque...

Me vine porque me iban a matar. Todo esto pasó hace catorce años. Después de haberme dado la baja, yo era soldado, regresé a mi casa y traté de empezar en varios negocios. El año pasado yo me encontraba vendiendo una parcela en el campo, pero hice un mal negocio con una persona que no me pagó. Entonces una vez que fui a cobrar me dijo que los paramilitares habían preguntado por mí. Alguien me dijo que pusiera mucho cuidado pero no le di importancia a esto. Seguí viajando frecuentemente al campo. Por allá me echaron mano nueve personas que se hacían pasar como de la fuerza pública. Me dijeron que los acompañara a un carro, como me resistí me llevaron a las malas y me dieron un golpe en la cabeza con una pistola. No me hicieron más porque un mayor de la policía intervino y me rescató. Esto dio origen a mi desplazamiento a Medellín”.



construida por encima del perímetro urbano, al margen de las escasas normas de construcción existentes y con mecanismos informales de articulación a la vida económica de la urbe. Las laderas que rodeaban la ciudad fueron ocupadas por estos nuevos habitantes, creando así cambios profundos en la espacialidad y en la dinámica sociocultural de la ciudad.

Este proceso dio paso a una recomposición de la ciudad en general y de los territorios barriales y zonales, donde los pobladores populares, además de luchar por su permanencia en un lugar, empezaron a levantar sus moradas, sus barrios, escuelas, calles; en fin, empezaron a construir ciudad y a dotar de sentido y significado espacios que a la vista de la institucionalidad eran imposibles de poblar o hacían parte de las arcas privadas de algún ciudadano. Se trataba de sectores, barrios y zonas populares y de crecimiento informal que durante mucho tiempo quedaron por fuera de las políticas urbanas, de los planes de

desarrollo y de los proyectos de ciudad, configurando territorialidades y sociedades en permanente lucha por ser integrados al perímetro urbano y, por esa vía, a los bienes y servicios sociales, económicos y culturales de la ciudad. Son estos territorios los que han puesto en evidencia la complejidad y la heterogeneidad que perviven en la ciudad, la discontinuidad en la distribución espacial y el acceso diferencial e inequitativo de los pobladores populares urbanos a las políticas sociales del Estado.

En medio de estas luchas, a la institucionalidad no le quedaba otra opción que proceder a la paulatina incorporación de la marginalidad a la ciudad, con el objetivo de disminuir las tasas de migración y lograr un mejor control urbanístico. Aunque tendremos que decir que esta vía de reconocimiento se ha hecho partiendo de la idea de que la existencia de estos territorios representan un problema social para la ciudad en su conjunto

que si no es resuelto o atendido, re-

presentaría desórdenes sociales y políticos futuros que afectan la dinámica normal de la sociedad mayor. La inversión pública, el mejoramiento de los asentamientos y la titularización de los predios han sido algunas de las estrategias que le permitieron a los sectores populares insertarse más adecuadamente en la trama y en la economía urbana para garantizar su permanencia en la ciudad.

Desplazados por la violencia y colonización urbana en los años noventa

En los inicios de 1990, cuando la ciudad empezaba a reportar oficialmente unas tasas de crecimiento poblacional decrecientes, se hizo

19. En un estudio realizado en 1974 sobre la población que habitaba en los núcleos de tugurianos se afirma que de la población estudiada sólo el 27.1% reconoce como causa de la migración la violencia, el 57.1% corresponde a la búsqueda de trabajo y mejores salarios, el 29.7% a la difícil situación económica en el campo. Patricia Vélez

evidente la presencia de población desplazada por la violencia. Aunque fue un fenómeno oculto e invisibilizado en la primera mitad de la década, para 1998 la ciudad ya contaba con 22 nuevos asentamientos de desplazados y habían llegado, aproximadamente, 22.000 personas procedentes de las distintas regiones del departamento. Este fenómeno ha impactado a la ciudad en su conjunto, pues de las dieciséis comunas en que se divide Medellín, trece reportaban población desplazada, y de un total de 288 barrios existentes, 56 contaban con familias desplazadas²⁰.

Es bien sugestivo el hecho de que mientras para el año de 1997 se diera una tasa de crecimiento en Medellín de 2.03%, en los asentamientos informales el crecimiento de la población fuera de 5.3%. Estos datos mostraban la agudización de fenómenos como la precarización del ingreso, la fragmentación de los lotes como alternativa para el sustento y la localización en zonas de alto riesgo y en las riberas de las quebradas como

posibilidad de acceder a una vivienda propia por parte de los sectores de más bajos ingresos. De acuerdo con el Departamento Administrativo de Planeación Municipal, para 1994 se tenían identificados 87 asentamientos informales donde residían 202.500 personas, es decir, el 12% de la población de la ciudad. Al finalizar la década, la misma entidad planteaba la existencia de 104 asentamientos informales con una población de 250.000 personas²¹. Todo ello mostró que a pesar de que en las últimas modificaciones del perímetro urbano habían sido incorporados muchos de los asentamientos informales creados durante la década de 1980, casi todos permanecían, formalmente, en la ilegalidad.

Pero mientras el drama de los desplazados se quería mantener oculto tras el ideal de una ciudad moderna y pujante, los pobladores de Medellín asistían a procesos de deliberación pública y participación ciudadana como el Plan Estratégico de Medellín y el Plan de Ordenamiento Terri-

torial, intencionados por la construcción de un “Proyecto Colectivo de Ciudad”. Pero al parecer, nuevas circunstancias complejas subsumieron las potencialidades que la dinámica societal y organizativa había cobrado durante los primeros años de la década.

Porque, esa ciudad de servicios, moderna, competitiva y democrática que propuso el Plan Estratégico, sigue coexistiendo con el viejo problema de la llamada informalidad o subnormalidad, que aún no logra tener un lugar claro en el Medellín soñado. Muy a pesar de los postulados de la Ley 388 de Ordenamiento Territorial (Planes Parciales de Mejoramiento Integral) y de programas como el Primed que pretenden actuar de manera integral en los asentamientos, ahora denominados “zonas de desarrollo incompleto e inadecuado”²².

Nuevos pobladores siguen llegando a la ciudad con la intención, la necesidad —y el derecho— de quedarse, pero nuevamente el Estado y



Me vine porque...

Me vine porque toda la gente se vino y me estaba quedando sola. Los vecinos se estaban viniendo porque en las veredas vecinas estaban matando gente. En las horas de la mañana los paramilitares habían citado a todas las personas de la zona a una reunión que se llevaría a cabo en la vereda Orobajo. Cuando la gente se acercó a la reunión, los paramilitares hicieron separar a las mujeres y a los niños de los hombres. Les dijeron que no les diera miedo que ellos no iban a hacerles nada malo. Pero luego comenzaron a dispararles. Mataron a cuatro hombres... Ese mismo día en la tarde dieron muerte a otros tres en otra vereda. Por eso las familias salieron y yo detrás. Fui la última en dejar la tierrita. Ahora estoy en este morro y no tengo nada.



sus instituciones se debaten entre la atención humanitaria de emergencia y la incapacidad para garantizar el restablecimiento con una reubicación digna en las ciudades, muy a pesar de la Ley 387 y de los esfuerzos realizados por la Red de Solidaridad Social a nivel nacional, más claramente desde el año 2000.

Está claro que “la reubicación en las ciudades”, más allá de lo que quiera o pueda reconocer la política pública de atención a esta población, es un proceso que avanza aceleradamente. Por eso, la población desplazada por la violencia que llega a instalarse en los lugares más difíciles para la vida humana, despliega múltiples estrategias para insertarse en la ciudad: la instalación de servicios públicos, la inserción en las escuelas y guarderías, el acceso a la salud, entre otros. La inserción de los desplazados en la ciudad en calidad de pobres absolutos está produciendo una suerte de expansión y densificación de la ciudad hacia su periferia, se están instalando en lo que se ha llamado

la “periferia de la periferia”. Llegan para sumar exclusiones de nuevo cuño a las que venían operando desde décadas anteriores y aún no habían sido saldadas por el Estado ni por la sociedad en su conjunto.

Lo que los desplazados han venido a anunciar es la gran heterogeneidad que ha marcado a las ciudades, siempre construidas desde los “pedazos” de región que los desplazados de otras décadas, los migrantes económicos y los destechados intraurbanos, le han aportado a las urbes de hoy. Como en décadas pasadas, los nuevos pobladores han llegado a la ciudad para redefinir las centralidades mediante *luchas por el derecho a la ciudad*. Aunque Medellín y Antioquia cuentan con planes estratégicos, el desplazamiento forzado muestra que la ciudad del siglo XXI, enmarcada en la idea de la mejor esquina de América, estará cuestionada por una injusticia moral, social y política con rostro de desplazado(a)²³.

M. Flujos migratorios a núcleos de tugurios y factores físicos y socio-económicos que inciden en la formulación y persistencia de este tipo de hábitat. Departamento Administrativo de Planeación y Servicios Técnicos. Medellín, 1974. Pág. 75.

20. También se encontró población desplazada en los corregimientos de San Antonio de Prado, San Cristóbal, Palmitas y Altavista. Véase: Conferencia Episcopal de Colombia, Instituto de Estudios Políticos. Desplazamiento forzado en Antioquia. Valle de Aburrá abril de 2000. Págs. 28-36. Para el mes de diciembre de 2001, la Pastoral Social de Medellín, hablaba de un número de 100.000 personas residentes en aproximadamente 48 asentamientos de desplazados.
21. Planeación Metropolitana. Departamento de Análisis Estadístico. Crecimiento poblacional de Medellín y de los asentamientos informales. En: Programa Integral de Mejoramiento de Barrios Informales en Medellín, Propuesta de intervención Primed Fase II 1998-2003, p. 20
22. Uno de los retos de la ciudad de Medellín para el nuevo milenio en el tratamiento de la informalidad es inscribir el Programa Primed como un Plan Parcial de Mejoramiento Integral. En su segunda fase pretende mejorar de manera integral otros 15 asentamientos, logrando hacer una intervención focalizada en el 29% de los asentamientos de desarrollo incompleto e inadecuado reconocidos por Planeación Municipal.
23. Conferencia Episcopal de Colombia, Instituto de Estudios Políticos. Op. cit. Pág. 68.